

# **NOELIA ADÁNEZ**

# **ANNA R. COSTA**

Emilia

Finalista a la Mejor Autoría Teatral  
XXI Premios Max de las Artes Escénicas

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

**NOELIA ADÁNEZ/ANNA R. COSTA**

**Emilia**

Primera edición, 2020

© De *Emilia*: Noelia Adánez González y Anna Rodríguez Costa

© Del prólogo: Xulia Santiso

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2020

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico y de cubierta: José Luis de Hijes.

Maquetación y procesos digitales de edición: bolchiroservicios.com

Corrección de textos en castellano: Marisa Barreno.

Logotipo de la colección: Francisco Nieva.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

[www.fundacionsgae.org](http://www.fundacionsgae.org) [publicaciones@fundacionsgae.org](mailto:publicaciones@fundacionsgae.org)

ISBN: 978-84-8048-911-9

ISBN electrónico: 978-84-8048-912-6

DL: M-7333-2020

## Índice

Prólogo (Xulia Santiso)	7
<b>Emilia</b>	15

## Silencio, se abre el telón

Entra en escena una sola mujer. Es pequeña, va vestida con polisón. Habla con alguien a quien no vemos, nos muestra un perfil, y el otro, y la espalda. Todo el escenario para ella. No hace falta mucho más con la energía que despliega. Pronto sabremos que, como público, nos hemos convertido en los señores individuos de la Real Academia Española. Así, todo en masculino plural.

—Meritorios y honorables académicos...

Y esa mujer no deja de hablar, no tiene complejos. Quiere estar en un espacio que se ha ganado a pulso. Letra a letra, opinión a opinión, propias todas, no copiadas. *Nulla dies sine linea* es lo que tiene.

Venimos al teatro sabiendo el final: a Emilia Pardo Bazán no le van a permitir nunca entrar en la Real Academia Española. Es más, en esta institución no se permitirá la entrada a ninguna académica hasta 1978 (Constitución mediante). Y convertirán esta ausencia en la injusticia cultural más sangrante de la docta corporación. El archivo de la RAE conserva telegramas de todas las procedencias apoyando la incorporación de las mujeres, pero esas opiniones se estrellarán contra el miedo de unos pocos. Agarrados a su escaño, en el que sí caben.

Este es otro silencio. El vacío pesado e inerme. Peligrosísimo porque imposibilita la acción. Mientras no pasa nada... va pasando. Emilia Pardo Bazán dejó de recibir muchos de los reconocimientos que merece, y hasta hoy ni siquiera un acto de desagravio. Espere-mos que pronto, ¿no?

Claro, conocemos el final, pero es que al patio de butacas nos traslada la curiosidad sobre el camino. Y salimos de la obra familia-

rizados con Pardo Bazán. La valentía de su presencia, la agudeza de sus opiniones, la actividad demostrada para alcanzar los objetivos que se marca. En muchos aspectos es paradigmática..., pero Pereda hizo famosas sus “comezones”, y Zorrilla la nombró “la Inevitable”. Según Valera, sus posaderas no cabrían en el asiento [...], y decía Clarín que sus pretensiones eran estrafalarias. [Si algo nos queda claro es que esta mujer era inasequible al desaliento!

Es fácil indignarse por el trato dispensado, pero lo importante, como siempre, es saber por qué. ¿Motivos? Vamos a darle la vuelta. La resistencia a que Pardo Bazán ocupe su lugar en el mundo es todavía hoy la parte más visible de la lucha de esta intelectual; son populares los chascarrillos sobre ella, los cotilleos, sus libros de cocina, sus amores. Hay que esforzarse un poco más para descubrir a la escritora, cronista, viajera, divulgadora, a la primera mujer que entró en muchos espacios vetados. Y solo en el siglo XXI se empieza a reconocer su actividad como conectora y dinamizadora cultural. La conclusión a la que llegamos es que doña Emilia se había incorporado a las filas de la élite cultural, formada exclusivamente por hombres..., *a pesar* de sí misma.

Porque ella pretende incorporarse en régimen de igualdad y competir por presidencias y direcciones, y buenos espacios en los periódicos y también en los estrados. Emilia no va a pedir permiso y tampoco va a pedir perdón. Por eso no hace falta preguntarse cómo pueden ser ciertos tantos insultos. La Inevitable, claro. Porque no está siempre tras su mesa de escritora, ni se calla y, además de leerla, hay que saber que vincula, articula, presenta, propone, tanto cursos de literatura en distintas entidades como firmas para una nueva revista; estatutos renovados para hospitales, pensiones para viudas (Juana Pacheco, la de Zorrilla, por ejemplo) y paradas de tren en determinados puntos de la geografía gallega.

“La señora Pardo Bazán no está en casa”, colgaba en la puerta de San Bernardo 37 principal (ahora 35) cuando necesitaba el silencio de la creación literaria. Otro silencio, herramienta para construir. De ahí salen sus 36 novelas, 16 libros de cuentos, 18 ensayos, 8 libros de viajes, 7 obras de teatro, 4 biografías, 1 poemario y cerca de 2000

artículos de prensa. Y como dice Poul Anderson, “dejemos a los eruditos el divertido pasatiempo de discutir los detalles”.

Aunque el lugar donde siente “más de continuo la ligera fiebre que acompaña a la creación artística” está cerca de A Coruña, en su Mariñeda natal, donde acaba construyendo, diseñando, costeando, su propia *maison d’artiste*: las Torres de Meirás. Torres, sí, no pazo, porque alberga a los condes de Pardo Bazán. Con lo que le había costado a don José obtener el título. Y qué mala suerte con los nuevos inquilinos.

Cabe preguntarse: ¿Tendrá algo que ver el carácter de esta mujer con este título, con la clase social de su grupo de referencia? Pues seguramente. A lo largo de toda su biografía Pardo Bazán se declarará perteneciente a los grupos de élite; minorías selectas, exigentes y rectoras. Por un lado, a la alta intelectualidad, aglutinada alrededor de doctas instituciones, que contempla asombrada a una mujer que despliega nuevas maneras. Por otro, a la alta aristocracia remisa a los cambios, lo que tampoco resulta demasiado alentador para una iconoclasta como Emilia. Ninguno de los grupos considera *elegante* que una mujer se muestre tan presente en la vida pública, pero en el caso de la escritora sus autoafirmaciones tienen que ver con su inteligencia, su energía, su desenvoltura. Y todo eso lo recoge y lo refleja este texto teatral que hoy nos convoca.

Que Emilia sea tan libre, en mi opinión, tiene mucho que ver con la educación familiar. José Pardo Bazán, que le dice que “no puede haber dos morales para los dos sexos”, y Amalia de la Rúa, que consiente estimular el privilegiado cerebro de esa niña y se va a convertir en el pilar en el que Emilia se apoyará siempre, así la verá convertida... en protagonista de su propia vida. No en una vida ajena a ella, porque Emilia no respeta el silencio al que se debe, el refinado y femenino, el elegante segundo plano. Por eso se separa de su marido, tiene demasiado que decir y de mucha altura. Tampoco respeta los códigos de la feminidad a los que se agarraba el patriarcado para criticar cualquier salida de tono. Precursora en tantas cosas, sabe que el primer error es no distinguir entre el sexo, biológico, y el género, sociológico, y lo deja claro en muchas ocasiones: Ser mujer y ser femenina no es lo mismo.

El texto que sigue es de Leopoldo Alas, *Clarín*, de 1893. Es un “Palique” recopilado por él mismo en un monográfico. Pasen y vean.

Declaro que uno de los argumentos que más me molestan en los partidarios de la mujer bigotuda de espíritu es el que consiste en decir: ¿Y qué importa que la hembra humana deje de ser graciosa y bella, un instrumento de placer para el macho, si se dignifica, eleva y emancipa? [...] El mejor día aparecen jardineros progresistas partidarios de que se emancipe a las rosas de su aroma, que las expone a tantas profanaciones por parte de los golosos del perfume. Bien está una emancipación parcial, es decir, procurar que las mujeres de escasos recursos puedan ganarse la vida con algo que no sea el servicio doméstico o la prostitución. Pero para ello no es preciso hacer doctoras a las mujeres. Y es que para mí, sin ánimo de ofender a nadie, toda mujer que cree que es esclava siendo mujer como es ahora tiene algo en el alma o en el cuerpo de marimacho y todo hombre que se inclina a creer a las mujeres que se quejan en tal sentido tiene algo de afeminado en el cuerpo o en el alma<sup>1</sup>.

Si esta es la opinión pública de un protagonista de nuestras letras, un autor culto, inteligente y sensible, una de las cumbres intelectuales de su época, cabe imaginarse el aire que se respiraría en España por debajo de esta cota. Emilia dejará escritas muchas de las contestaciones que merecen estas opiniones. Y Pilar Gómez les da vida, dejando claro con su actitud el poderío de una gallega de raza.

Una nueva definición: gallega. Pero no solo. Y así con todo. No es solo naturalista, ni condesa, ni siquiera es solamente escritora. Es una persona inconforme, ecléctica, aguda, pionera, clasista, trabajadora, católica, ambiciosa, madre y también mujer. Todo un personaje. De ahí que acudamos a Barthes, Foucault y, sobre todo, a Deleuze cuando reflexionan sobre la instrumentalización de la imagen orientada a la captura del otro (hay otredades para todos los gustos) y pro-

---

<sup>1</sup> Leopoldo Alas, *Clarín*, Palique VIII. “La amistad y el sexo, por A. Posada y A. G. Serrano”, en *Palique*, Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1893.

testamos como ellos contra su reducción. “La alta realeza del Sujeto (yo único, yo coherente) y de la Representación (ideas claras que yo atravieso con la mirada) está minada”, y continúa Michel Foucault que “se ‘ficciona’ historia a partir de una realidad política que la hace verdadera”<sup>2</sup>. Hay algo bueno en esta afirmación; en esta realidad que nos rodea ya no es tiempo de desconocer a Pardo Bazán.

En su época, ella misma llamó la atención sobre la construcción de alguna de estas “ficciones” protestado abiertamente contra ellas. Un ejemplo es el artículo que escribe sobre “Las opiniones de Concepción Arenal acerca de la mujer”, extrañamente ausentes de los actos de homenaje que se multiplicaron después del fallecimiento de la socióloga y que amenazaban con tomar la forma del mismo silencio opaco al que nos referíamos antes. Y como *verba volant scripta manent*, escribe. Comienza el artículo impugnando el “silencio calculado”, y opina: “Lo grave es vencer y desterrar un *mal* revestido con todas las apariencias del *bien* y que sinceramente cree *bien* la inmensa mayoría”.

Eva Acosta, biógrafa imprescindible de Pardo Bazán, anterior a la monumental biografía de Isabel Burdiel, ya se había ocupado de superar esa instrumentalización dando luz todos los aspectos de su vida, abriendo las ventanas y dejando pasar aire puro, observándola en su contexto, recreándose en su modernidad. Empleó para ello un gran número de fuentes directas, tanto de Emilia como de quienes la rodeaban –*Verba volant...*–, y acabó consiguiendo que nos descubriéramos ante el personaje y sus hechos.

En esta pieza ocurre lo mismo. Ha sabido equilibrar los textos de la autora con el discurrir del monólogo. Los engarza como perlas en un precioso collar (ya que nos movemos en el campo literario...) y a quienes sabemos de ellos, a quienes los susurrábamos en el teatro, nos impresionó oírlos; actuales, vivos. A Eva Acosta<sup>3</sup> le emocionó “oír el aliento de sus palabras y ver cómo el público las seguía atentísimo.

<sup>2</sup> Ángel Gabilondo, *Foucault. Ética, estética y hermenéutica*, Barcelona, Ed. Paidós, 1999.

<sup>3</sup> Eva Acosta, *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla*, Barcelona, Lumen, 2007.



Ver a doña Emilia tan vivita y coleando, tan cautivadora y completa”. Sé de más personas que se emocionaron; mis queridas hermanas en Pardo Bazán, Isabel Parreño, Paloma Porpetta, y yo misma, claro. Y la emoción era mayor porque era evidente que la obra transmitía los motivos de admiración de quienes la conocemos, y llegarían... a un aforo siempre completo, en cada representación... ¡Se multiplicarían exponencialmente!

Gracias de nuevo, equipo. Es tan refrescante ver a esa Emilia que provoca, que se come la vida, que pelea, que piensa...

Por este motivo son tan necesarias joyas como esta pieza teatral. Conocimiento, libertad e inteligencia se ponen al servicio de la necesidad de dar a conocer parte de nuestra historia. Noelia Adánez y Anna R. Costa han sabido comprimir en este magnífico y galardonado texto un carácter y una vida. Los golpes de humor, ironía y emoción son muy parecidos a los que detectamos en los bellísimos textos de la escritora. E igual que su vida, esta es una obra crítica, valiente, sarcástica, sensible, clara, directa... y llena de alma.

Mi alma flota, se disuelve en la placidez infinita de la hora moribunda.

¿Conocían a la Pardo Bazán modernista? Esto es de *La sirena negra*, 1908.

Solo dos apuntes más, en este prólogo que tanto agradezco escribir, a modo de granito de arena en la construcción veraz del personaje.

Uno tiene que ver con los pilares sobre los que se fundó la SGAE, acabando por convertirse en la más reconocida entidad de gestión de derechos de propiedad intelectual en España, impulsora de los Premios MAX de las Artes Escénicas a través de su Fundación, que también edita la pieza que vais a leer ahora, honrosa finalista a la Mejor Autoría Teatral de la XXI convocatoria de los galardones, y en la que Pilar Gómez ha recibido el merecidísimo premio a la Mejor Actriz Protagonista por un trabajo que emociona, derrochando coraje y buen hacer.

Hoy es incuestionable el respeto de cada autor por su trabajo y la conciencia de propiedad sobre él, pero en 1884 la ley de pro-

piedad intelectual española tenía cinco años y la SAE aún tardaría 15 en aparecer. Y aun así, en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles consta una carta de la socia Emilia Pardo Bazán desde A Coruña “en solicitud de apoyo para exigir reparación de un incalificable abuso [...] cometido en mengua de la propiedad literaria. Habiendo publicado la que suscribe en el pasado otoño una novela titulada *La Tribuna*, cuya primera edición de cierto número de ejemplares, establecido de antemano, vendí al Sr. D. Alfredo de Carlos Hierro, reservándome para las nuevas ediciones la propiedad de aquella y el derecho de reimprimirla, ha llegado a mi conocimiento que el *Diario de La Habana* ha publicado recientemente en su folletín dicha obra, sin mi permiso y negándose hasta ahora a concederme la indemnización a que tengo derecho, con arreglo a la ley de propiedad literaria...”<sup>4</sup>. Orgullosa escritora doña Emilia.

Por cierto. Con respecto al nombre de estos premios de teatro, ¿resulta muy pesado apuntar que a sus 68 años, dos antes de morir, la señora condesa cita a Valle-Inclán como su favorito entre las nuevas generaciones?

Y por fin el último apunte. Una pepita de oro, como diría Virginia Woolf. Data de 1890, de cuando la lucha feminista era tan difícil en España que parecía arrastrar el lodo de lo soez. Entonces Emilia se alía con Europa. Lo que viene ahora forma parte del texto de adhesión a la organización londinense Women’s Franchise League o Liga de Mujeres por el Sufragio, liderada por Emmeline Pankhurst, en la que se pide el voto para casadas y solteras, en medio del debate sobre este punto. Quedémonos con esta frase de aliento de la intelectual española más sólida y más completa que hemos tenido.

Armémonos de paciencia y energía para apresurar el fin de nuestra esclavitud: seamos fuertes contra la fuerza brutal, contra la ciega rutina, contra la injusticia doméstica, contra el ofensivo

---

<sup>4</sup> François Botrel, “Emilia Pardo Bazán, mujer de letras”, en A. M. Freire López (ed.), *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.

galanteo y contra la insípida burla. Seamos invencibles por la conciencia, que es la victoria segura; y si el desaliento nos ataca, leamos la historia<sup>5</sup>.

En el escenario, una señora dice:

... Bueno, señores, calma, porque no me voy a ir de aquí. He venido a que me escuchen. [...] Y cuanto antes se callen, antes acabaré.

Así que silencio. Emilia habla.

**Xulia SANTISO**

Conservadora da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán  
Real Academia Galega

---

<sup>5</sup> Texto de adhesión a la organización londinense Women's Franchise League, 12 de julio de 1890, Colección Cunninghame Graham, National Library of Scotland.

# **Emilia**

*Se estrenó el día 16 de noviembre de 2019 en el Teatro del Barrio de Madrid*

## **Reparto**

EMILIA

Pilar Gómez

**DRAMATURGIA Y DIRECCIÓN**

**Anna R. Costa**

**TEXTO**

**Noelia Adánez y Anna R. Costa**

## **Equipo artístico y técnico**

ELEMENTOS ESCENOGRAFICOS

Teatro del Barrio

ESPACIO SONORO

Iñaki Rubio

ILUMINACIÓN

Raúl Baena

VESTUARIO

Ana Labrador

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

Sara F. Valencia

AYUDANTE DE DIRECCIÓN Y PRODUCCIÓN

Pablo Esgevillas

PRODUCCIÓN

Teatro del Barrio

*Madrid, finales del siglo XIX.*

*Salón principal de la Real Academia Española, en el que se encuentran reunidos unos ficticios e invisibles señores académicos (el público).*

*Doña Emilia Pardo Bazán aparece en el vano de una puerta. Habla con el conserje, al que no vemos.*

EMILIA.— Discúlpeme, ¿puede decirme dónde están reunidos los señores académicos? (...)

□Ah!, no puede. ¿Por qué no puede? (...) Déjeme, por favor. ¿Cómo se llama usted? (...) Pedro. Pedro, déjeme, porque vengo decidida a entrar y nada me va a refrenar. ¿Qué puerta es? (...) Ah, no puede. Sí, ya me lo ha dicho, no está usted autorizado. Una lástima, pero no se preocupe. Hace mucho calor aquí. Debería abrir las ventanas para ventilar. ¿Está usted casado? (...) Muy bien. Me alegro, hombre. ¿Hijos tiene? (...) Tres. Igual que yo. Los hijos son una alegría, ¿verdad? Hay que darles mucho cariño a los hijos porque enseguida se hacen mayores, ¿verdad? Yo voy a entrar. Aunque tenga que abrir todas las puertas hasta encontrarlos. Hoy vengo decidida a que me escuchen. ¿Sabe usted quién soy yo? Doña Emilia Pardo Bazán. La condesa de Pardo Bazán. Y voy a entrar. (...) Sí, sí, no se preocupe, Pedro, llame usted a quien tenga que llamar, proceda, proceda. Haga lo que tenga que hacer, faltaría más.

*Entra y observa la concurrencia.*

*(Se sonríe al ver a algún amigo) Tengo aquí grandes amigos. (Se le borra la sonrisa cuando ve a alguien que no es de su agrado) También algunos enemigos, sí.*

*Doña Emilia avanza al reconocer a Antonio Cánovas del Castillo.*

(*Afable*) Don Antonio Cánovas del Castillo, ¿cómo está usted? (...) Me comentaron que tuvo dolencia de bronquios. ¿Recuperado? (...) Me alegro, hombre, me alegro. Los bronquios son un fastidio. Salude a su señora de mi parte.

*Doña Emilia se dirige hacia el otro extremo de la sala. Se alegra al ver a Juan Valera.*

▮Hombre, don Juan Valera, un placer verle aquí! Su última novela, una delicia. ¿Han leído la novela de este señor? Deberían hacerlo. Tengo pendiente publicar unas líneas en *La España Moderna*. De esta semana no pasa.

*Doña Emilia sigue con su repaso a los académicos y estalla de alegría al ver a don Emilio Castelar.*

▮Castelar, mi querido don Emilio Castelar, qué alegría verle aquí! ▮Y cómo se come en casa de este hombre! ¿Han estado? Esas monas de pascua no se me van de la cabeza. Un manjar. Hace tiempo que no voy, ¿eh, don Emilio? Tenemos que recuperar esas cenas.

*A doña Emilia se le muda el semblante al ver a Leopoldo Alas, Clarín.*

Vaya, don Leopoldo Alas, *Clarín*. Ay, Clarín, ¿qué hace usted aquí si no es académico? (...) Bueno, bueno, no me cuente su vida. No importa, me viene bien que esté aquí. Tengo cosas que decirle. Y a su lado, don Marcelino Menéndez Pelayo. Bueno, en cierto modo, los enemigos mejor tenerlos juntos, ¿verdad?

*Al ver a Benito Pérez Galdós, a doña Emilia se le ablanda el gesto.*

Y don Benito Pérez Galdós, mi querido amigo, mi admirado escritor. Si el público supiese que tú y yo... Pero van a saber, hoy van a saber.

(*Irónica*) Don José Zorrilla, mire, hoy en honor a usted, voy a merecerme más que nunca el apodo que usted me ha puesto: la Inevitable, me puso. Sí. Pues hoy, *inevitablemente*, me van a tener que escuchar.

*Los señores académicos abuchean y patalean.*

No, por favor, no se alboroten. No vengo a ser motivo de disputas. Todo lo contrario. Tranquilos. Se les ve muy bien en sus sillones. Se les ve a gusto. Cómodos. (*Con mucha retranca*) Meritorios y honorables académicos.

Y la sala es preciosa. Confortable. Hace calor, eso sí, para mi gusto hace calor. Y huele mucho a tabaco. Se debe pegar el olor a las cortinas, preciosas también. Se nota que aquí no suelen entrar mujeres.

*Los señores académicos abuchean de nuevo.*

Bueno, bueno, tranquilícense, no se alteren. Y luego dicen de las mujeres. Parece esto una jaula de grillos. Un mercado. Bueno, señores, calma, porque no me voy a ir de aquí. He venido a que me escuchen. Ya se lo he dicho a Pedro, el bedel. Nada me va a refrenar. Traigan al ejército de España. Al santo papa de Roma. Traigan a quien ustedes quieran, que yo de aquí no me muevo. Y cuanto antes se callen, antes acabaré.

*Consigue silencio.*

Muchas gracias, don Ramón Mesonero Romanos, es usted un hombre sensato.

Señores académicos, estoy hoy aquí porque continúo convencida de mi derecho a entrar en la Academia (*risas*) y a no ser excluida de ninguna distinción literaria por el hecho de ser mujer.

*Los señores académicos vuelven a las risas y al alboroto.*

Ríanse, ríanse todo lo que quieran. La risa es buenísima para la salud.

*Emilia se queda observando cómo se ríen. Con aprobación.*

Yo me río a menudo. Sí. Sí. Con usted, don José María Pereda, no sabe cómo me río con los artículos que escribe en *El Imparcial*. Me hizo especial gracia el que tituló “Las comezones de la señora Pardo Bazán”. (Se ríe)

Me acuerdo y todavía me río. Decía, sí, espere, que me acuerdo de memoria: “La Pardo Bazán ha acabado de empalagarme. Tiene el gusto más depravado de la Tierra, se va a ciegas detrás de todo lo que reluce, no discierne lo bueno de lo malo, se muere por los bombos, vengan de donde vengan”. (Se ríe) Tengo que reconocer que tuvo mucha gracia. Pero no se preocupe, no me siento despechada. No voy a hablar mal ni de usted ni de ninguno de los aquí presentes, honorables caballeros. ¿Para qué? Todo el mundo sabe que ser académico no comporta ser buen escritor.

*Los señores académicos vuelven al alboroto y le lanzan insultos como flechas.*

Sí, sí..., “entrometida”, “impertinente”, “ubicua”... (Le hace gracia) Ya me gustaría tener el don de la ubicuidad. ¿Qué más? “Cursilona empecatada”, ajá. ¿“Mediocre”? mediocre a su juicio, oiga. “Sargentona”... Muy bien. Pues que sepan que:

- He tenido el gusto de ser la primera socia de número del Ateneo de Madrid,
- la primera presidenta de su Sección de Literatura,
- la primera y única mujer profesora de la Escuela de Estudios Superiores Económica Matritense de Amigos del País.
- He recibido el nombramiento de consejera de Instrucción Pública.
- He escrito treinta y seis novelas,



- dieciséis libros de cuentos,
- dieciocho ensayos,
- ocho libros de viajes,
- siete obras de teatro,
- cuatro biografías,
- un poemario.
- Soy editora.
- He escrito multitud de discursos, conferencias, traducciones y un sinnúmero de artículos de prensa para más de sesenta periódicos
- y he sido la primera mujer catedrática en la Universidad Central de Madrid.

No pueden ustedes formarse una idea de lo difícil que es para una mujer adquirir cultura de un modo autodidacta. Ustedes, varones, desde que pueden andar y hablar van a las escuelas de instrucción primaria. Luego, al instituto. A la academia. A la universidad. Sin darse punto de reposo. ¿Es así o no es así? Todo ventajas.

Para la mujer, obstáculos todos.

*Alboroto.*

Sí, cierto es. Mis padres alentaron siempre mi curiosidad y mi interés por los libros. Como hija única, reconozco haber tenido muchas atenciones. Cuando nos mudamos a Madrid por la actividad política de mi padre, me matricularon en la escuela de señoritas de Madame Lèvy. Me enseñaron francés, religión, cultura, urbanidad y algún rudimento de geografía y mitología. Lo necesario para convertirme en un ángel del hogar.

*Alguno de los académicos la insulta.*

¿“Marimacho”? ¿Quién me ha llamado marimacho? Debe de haber sido Clarín. Me ha parecido oír su vocecita. Cierto que ha sido usted, ¿no es así? Usted, que ya dijo que debo de tener en